

Título del original en inglés:
Re-Autoring Lives. Interviews & Essays
© 1995 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Verónica Tirota

Primera edición: enero del 2002, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Paseo Bonanova, 9 1º-1ª
08022 Barcelona, España
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

ISBN: 84-7432-847-0
Depósito legal: B. 2783-2002

Preimpresión: Editor Service, S.L.
Diagonal 299, entresol 1ª
Tel. 93 457 50 65
08013 Barcelona

Impreso por:
Carvigraf
Cot, 31, Ripollet

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada,
en castellano o en cualquier otro idioma.

Índice

Introducción	9
--------------------	---

ENTREVISTAS

1. La perspectiva narrativa en la terapia	15
2. Los aspectos políticos de la terapia	47
3. Por fuera del conocimiento experto	65
4. Nombrar el abuso y liberarse de sus efectos	87
5. Experiencia psicótica y discurso	117
6. Una conversación sobre la responsabilidad	159

ENSAYOS

7. El trabajo con el equipo de reflexión como ceremonia de definición	175
8. Nuevas consideraciones sobre los documentos terapéuticos	201
9. El comportamiento y sus determinantes o la acción y su sentido: sistemas y metáforas narrativas	215

síndrome viene acompañado de prácticas culturales que tienen un efecto negativo y desalentador tanto en las personas a las que se percibe como en cierta posición destacada dentro de la terapia familiar australiana como en las demás. Estas personas no se sienten inspiradas a articular y exponer desarrollos originales de su trabajo en contextos donde obtendrían el reconocimiento que merecen.

También me gustaría ver que la comunidad de la terapia familiar desarrollara más maneras de apoyar y alentar a los terapeutas australianos y neozelandeses a visitar centros de terapia familiar en otros países. Cheryl White, de Dulwich Centre Publications, ha organizado unas becas que logran esta meta y pienso que sería muy positivo si otros centros y asociaciones encontraran modos de adoptar y extender este tipo de iniciativa.

Y también me gustaría ver un desarrollo de los proyectos que se vinculan con la exploración de la experiencia masculina de la cultura masculina y con el abordaje de temas complejos de justicia social como los que se vinculan con el género, la raza, la pobreza, etcétera.

ANDREW: Quizás lo que estás proponiendo también sería liberador para los terapeutas.

MICHAEL: Sí, estoy de acuerdo.

Bibliografía

- Hoffman, L. 1990. «Constructing realities: An art of lenses», en *Family Process*, número 29 (1), págs. 1-12.
- South Australian Film Corporation, 1976. *They reckon a woman's world's just it and a bit*. Producida por Penny Chapman y dirigida por Meg Stewart.
- Waldegrave, C. 1990. «Just therapy», en *Dulwich Centre Newsletter*, número 1, págs. 5-46. (Número especial sobre justicia social y terapia familiar, un análisis del trabajo de The Family Centre, en Lower Hutt, Nueva Zelanda).
- Wood, A. 1990. «The consumer's view of the team and the one-way screen: A preliminary investigation», en *Dulwich Centre Newsletter*, número 2, págs. 21-23.

4

Nombrar el abuso y liberarse de sus efectos*

ENTREVISTA DE CHRISTOPHER McLEAN**

CHRIS: Tu enfoque en el trabajo con sobrevivientes de abusos parece centrarse en ayudar a las personas a liberarse de los relatos negativos que tienen sobre sí mismas. ¿Podrías comenzar hablando de esto?

MICHAEL: Cuando me encuentro con una persona que ha sobrevivido al abuso en la infancia y adolescencia, con frecuencia lo que la ha traído a la consulta son determinados comportamientos autodestructivos o autoabusivos, comportamientos que son vivenciados como acciones contra el yo, desfavorables para su vida. Estas acciones pueden adquirir diversas formas, incluyendo la automutilación, las adicciones y reiterados intentos de suicidio. En mi opinión, estos comportamientos autodestructivos son la expresión del abuso al que la persona ha sido sometida. Pero esta es una forma particular de expresión de esta experiencia. Es una expresión de la experiencia del abuso que produce consecuencias profundamente negativas en la vida de la persona, una expresión del abuso que lle-

* Esta entrevista fue realizada en el Dulwich Centre, en mayo de 1994.

** Puede contactarse a Christopher McLean a través de Dulwich Centre Publications.

va a efectos reales que son altamente empobrecedores de la vida de la persona.

La metáfora narrativa ofrece una visión particular acerca de este fenómeno. Yo sugeriría que estas expresiones autodestructivas del abuso son moldeadas por los significados que la persona le está dando al abuso; que son estos significados los que determinan la forma de la expresión de nuestras experiencias en la vida. Esta consideración se ve generalmente confirmada cuando hablamos con las personas sobre sus interpretaciones acerca del abuso al que han sido sometidas. Invariablemente, estas interpretaciones destacan los temas de la culpabilidad y la falta de mérito personal; que de alguna manera la persona merecía el abuso o lo provocó o que podría haber hecho algo para dejar de quererlo realmente. Y puesto que estas personas creen que los actos de autoabuso confirman estos temas, se trata de un proceso circular.

En síntesis, el autoabuso es una expresión de nuestras experiencias del abuso, una expresión que está moldeada por los significados atribuidos al abuso. Y la forma de esta expresión confirma, a su vez, estos significados. La expresión de nuestra experiencia del abuso está mediada por los significados. De manera que cuando analizamos la naturaleza de las expresiones del abuso, es de vital importancia que consideremos a estas expresiones como unidades de experiencia y significado.

CHRIS: ¿Cómo se llega a esos significados?

MICHAEL: En gran medida a través de los relatos privados que las personas tienen acerca de sus vidas. Estos relatos proporcionan el marco para la interpretación de las experiencias vitales de las personas. Y si una persona es obligada a adherir a un relato muy negativo acerca de quién es, entonces es probable que le atribuya a sus experiencias significados vinculados con la culpabilidad y la falta de mérito personal.

CHRIS: ¿Adónde te lleva esto entonces, cuando trabajas con personas que han sobrevivido abusos, que han adoptado historias muy negativas acerca de quiénes son y que probablemente expresen su experiencia del abuso de maneras autoabusivas y autodestructivas?

MICHAEL: Me indica que una de las tareas principales de este trabajo es ayudar a estas personas a deducir significados alternativos de sus experiencias de abuso: establecer las condiciones que hagan posible que reinterpreten el abuso. Si somos capaces de desempeñar algún papel en ayudar a estas personas a liberar sus vidas de estas historias personales tan negativas y que tienen un efecto tan profundo en la forma que adopta la expresión de su experiencia, y si podemos ayudarlas a ingresar a algún otro relato más positivo acerca de quiénes podrían ser como personas, entonces se hará posible que estas personas participen activamente en la reinterpretación del abuso al que fueron sometidas. Y esta reinterpretación cambiará la forma de la expresión de las experiencias del abuso y, por lo tanto, la forma de sus vidas.

CHRIS: ¿Podrías agregar algo más sobre este proceso de reinterpretación?

MICHAEL: Esta reinterpretación no es impuesta por el terapeuta, sino que es generada en colaboración durante el transcurso de este trabajo. Cuando las personas liberan sus vidas de los relatos negativos sobre su identidad y cuando tienen la oportunidad de pararse en un territorio diferente de su vida, comienzan a interpretar sus experiencias de abuso como explotación, como tiranía, como tortura, como violencia, etcétera. Es muy claro que esta reinterpretación facilita una expresión diferente de su experiencia del abuso. Esta expresión del abuso toma ahora la forma de la ira, o de una pasión por la justicia, de actos para reparar la injusticia, de testimonio, de búsqueda de nuevos contextos en los cuales otros puedan estar disponibles para escuchar dichos testimonios, etcétera.

Estas formas de expresión alternativas de las experiencias de abuso de una persona no son expresiones inferiores a las formas autodestructivas. En tanto expresiones de nuestras experiencias del abuso, no son menos completas. De hecho, las personas con quienes trabajo invariablemente afirman que estas formas alternativas constituyen una expresión más completa de dicha experiencia. Se trata de expresiones de esa experiencia que conllevan efectos reales muy diferentes en cuanto a la forma que toman sus vidas, efectos que son considerados constructivos, no destructivos.

CHRIS: Creo que tienes algunas reservas con respecto a las prácticas que implican revivir la experiencia traumática inicial como modo de liberarse de ella. Me interesaría que explicaras dichas reservas, puesto que parecen vincularse con lo que venías diciendo.

MICHAEL: Primero lo primero. De ningún modo se justifica que, en el contexto de la terapia, las personas vuelvan a sufrir el trauma. Angustia, sí; reproducción del trauma, no. Creo que la idea de las prácticas terapéuticas basadas en el imperativo de retornar la sitio del abuso a fin de volver a experimentarlo es una idea muy cuestionable y, asimismo, peligrosa. Esta idea suele ser justificada por la teoría de la catarsis, teoría que oscurece la dimensión crítica del significado. Alentar a las personas a simplemente volver al sitio del trauma puede reforzarles los significados dominantes que informan la expresión autodestructiva de la experiencia del abuso. Y, además, puede provocar un nuevo trauma e incitar nuevas acciones de autoabuso.

Existen, por supuesto, muchas otras razones para cuestionar esta idea acerca de la importancia de retornar al sitio del trauma. En el momento en que estas personas fueron sometidas al abuso, no tenían ningún poder, no tenían posibilidad de elegir: estaban atrapadas. En respuesta a circunstancias tan tremendas y dolorosas, muchas desarrollaron mecanismos imaginarios que les permitieron escapar al contexto abusivo, no materialmente, sino mentalmente. Otras utilizaron el poco espacio de maniobra que tenían para crear experiencias de autosustentación y, en circunstancias como estas, este es un logro simplemente extraordinario. Ahora permíteme formular una pregunta: ¿al exigirle a la gente que vuelva al sitio del trauma, no estamos reproduciendo condiciones de entrapamiento, que privan a las personas de su capacidad de elección?

Y hay otras preguntas que podríamos hacer acerca de esto. ¿Al exigirles a las personas volver al sitio del trauma, no estamos también reproduciendo inconscientemente la fobia a la evasión de nuestra cultura? No estamos siendo demasiado cómplices con el imperativo de esta cultura de «afrontar los hechos»? Y con esta complicidad ¿no estamos clausurando las posibilidades de las personas de honrar las habilidades especiales y las cualidades personales que les permitieron atravesar las horas oscuras de sus vidas para lograr llegar al presente?

CHRIS: ¿Cuál es la alternativa?

MICHAEL: En el trabajo que estoy proponiendo sí es posible que las personas expresen su experiencia del abuso de manera que no conlleve las consecuencias negativas a las que me referí. Pueden establecerse circunstancias tales que hagan posible que las personas abran sus vidas a expresiones alternativas de su experiencia; y esto puede lograrse sin imposiciones de parte del terapeuta. En estas circunstancias, las personas se descubren situadas en territorios alternativos de sus vidas, territorios en los que pueden tomar contacto con relatos diferentes y más positivos acerca de su identidad. Y esto hace posible que las personas adscriban significados diferentes a sus experiencias de abuso, lo que, a su vez, hace posible que expresen estas experiencias de modos que no resulten en una reproducción del trauma.

CHRIS: Pienso que la idea de la expresión catártica del dolor como acto liberador está tan profundamente arraigada en las maneras modernas de pensar sobre esta clase de temas, que lo que estás diciendo fácilmente podría interpretarse como si favorecieras una manera muy intelectual de abordar los efectos del abuso y de alguna manera te sintieras incómodo con la expresión abierta de las emociones. ¿Quisieras decir algo sobre esto?

MICHAEL: Yo lloro con las personas que me consultan y también me río con ellas. Me sumo a su indignación y también comparto su alegría. Sentimos juntos tristeza y también esperanza. Mientras acompaño a estas personas en su marcha, experimento todas las emociones que uno experimenta al escuchar un testimonio. Hay, asimismo, contextos en los que me descubro celebrando con las personas: contextos en los que los relatos alternativos de sus vidas están siendo honrados, cuando otros relatos de su identidad están siendo poderosamente autenticados. Y encuentro inspiradores esos pasos que las personas dan para despojar a los victimarios de su autoridad, los pasos que las personas dan para recuperar los territorios de sus vidas, para reforzar sus vidas, para tener la «última palabra» en cuanto a su identidad.

De manera que déjame que me desentienda de estas preocupaciones por el «intelectualismo» y la «incomodidad frente a la emo-

ción». No considero que mi posición sea ni intelectualista ni académica. Pero no quiere decir que me sienta obligado a sumarme al «discurso de los sentimientos» dominante en la cultura de la psicoterapia, que ejerza mi profesión de la manera prescrita por este discurso y que converse con las personas sobre las experiencias de sus vidas en las maneras contemporáneas de hablar sobre tales cosas que son sancionadas por este discurso. No respondo para nada bien a las incitaciones a «ajustarme» a las respuestas que este «discurso de los sentimientos» demanda.

En este punto, quisiera hacer una ampliación a mi respuesta a tu comentario, reiterando lo que ya he dicho acerca del concepto de catarsis. No creo que exista ninguna expresión de la experiencia por fuera de un sistema de significado. Y también quisiera reiterar lo que dije con relación a la angustia. Existe una diferencia enteramente significativa entre la angustia y la repetición del trauma. Pienso que es posible que las personas expresen aspectos de sus experiencias de abuso de modos que pueden ser angustiantes, pero que de ninguna manera representan un nuevo trauma. Es posible y deseable que las personas encuentren opciones para dar voz a sus experiencias de abuso por vías que son profundamente terapéuticas para ellos y que ellos encuentran enteramente expresivas.

CHRIS: ¿Cómo puedes estar seguro de que no se está produciendo un nuevo trauma?

MICHAEL: Podemos ayudar a las personas a asumir un rol más activo en la fiscalización de los efectos reales de las expresiones de sus experiencias de abuso, en lugar de dejarla en manos del azar o de la autoridad del terapeuta. A menudo, cuando las personas van a terapia, se desvinculan de este rol. Dejan de fiscalizar las consecuencias de sus interacciones con su terapeuta y delegan la tarea en aquél. Este es un resultado problemático. A lo largo del proceso de terapia, debemos consultar continuamente a las personas acerca de cuáles son los efectos que perciben de nuestro trabajo con ellas, acerca del modo en que la reinterpretación y la expresión de sus experiencias está afectando la forma de sus vidas y acerca de las que consideran las limitaciones y posibilidades asociadas con nuestras conversaciones.

CHRIS: Ahora quisiera explorar tus opiniones acerca de la importancia de establecer una apreciación política o contextual de la experiencia de abuso de una persona y, en particular, cómo se ajusta a esta idea el concepto de adiestramiento.

MICHAEL: Ayudar a las personas a establecer una descripción de las relaciones de poder participantes de su experiencia contribuye a socavar la autoculpabilización y la vergüenza que tan a menudo se experimentan en relación con el abuso. Una manera de lograrlo es haciendo que las personas participen en conversaciones externalizadoras sobre el odio de sí, el aborrecimiento de sí, o cualquier cosa que constituya la relación primaria de la persona con su «yo». En estas conversaciones externalizadoras, podemos explorar de qué las convence este odio de sí acerca de quiénes son en tanto personas, cómo hace que traten sus vidas, sus cuerpos, sus pensamientos, cómo interfiere en sus relaciones con otros, etcétera. Y juntos podemos explorar también los procesos por medio de los cuales la persona fue adiestrada en el odio de sí y el aborrecimiento de sí.

CHRIS: Es decir que pones el acento en hacer preguntas acerca de cómo la persona fue adiestrada en el odio de sí, el aborrecimiento de sí, o lo que fuere, y esto provoca el efecto de sacar a la luz los aspectos políticos, las relaciones de poder de la experiencia de la persona.

MICHAEL: Sí, se logra principalmente por medio de esas preguntas. Es a través este tipo de preguntas que terminamos identificando las especificidades de este proceso de adiestramiento: no sólo los procesos físicos del abuso, sino también los saberes, las estrategias y las técnicas que fueron empleadas y el funcionamiento de estos saberes, estrategias y técnicas. Pero si remitiéramos nuestro trabajo a la idea de retornar al sitio del trauma, no llegaríamos hasta aquí. Al responder a estas preguntas externalizadoras, las personas están en realidad emprendiendo una reinterpretación de sus experiencias de abuso y se están liberando de los relatos de identidad negativos que tanto los han aprisionado. El abuso ya no puede reflejar su culpabilidad personal y la verdad de su «naturaleza» y «personalidad». Creo que estas conversaciones externalizadoras pueden ser consideradas conversaciones «desconstructivas».

Quizás otro modo de afirmar lo mismo, esta vez inspirado en la metáfora narrativa, es decir que la reinterpretación que es desatada por estas preguntas proporciona la base para una reformulación de las tramas dominantes de las vidas de las personas, es decir abandonando los temas de la culpabilidad personal y acercándose a los de la explotación, la tiranía, el abuso, etcétera.

CHRIS: Hablaste, creo, de la importancia de nombrar el abuso, formularlo claramente, no simplemente en tanto abuso, sino en sus particularidades, ¿podrías expplayarte sobre esto?

MICHAEL: Sí. Entiendo que es realmente importante que las personas vayan más allá del nombrar el abuso de manera general. La palabra abuso es un término importante, pero global; su falta de especificidad es algo limitante, en varios sentidos. Por ejemplo, el testimonio requiere de especificidad, así como la requiere el establecimiento de una capacidad de distinguir, en nuestra vida, las acciones que son de una índole amorosa de las que constituyen abuso o explotación. Vincular nuestras experiencias del abuso con los saberes y prácticas de poder dominantes en nuestra cultura también requiere de esta especificidad.

Una vez que los saberes y técnicas del abuso son establecidos en su especificidad, pueden ser contextualizados: esto es, vinculados a los saberes y prácticas de poder dominantes de nuestra cultura, las operaciones familiares de lo que puede ser rastreado a lo largo de la historia de las familias y otras instituciones de nuestra cultura y a través de la historia de los saberes y prácticas dominantes de las maneras masculinas de ser en relación con las mujeres, los niños y los otros hombres. Esta contextualización de los saberes y prácticas del abuso es un aspecto muy importante de este trabajo. Brinda nuevas oportunidades para la reinterpretación de nuestras experiencias del abuso y para la desconstrucción de los relatos de identidad negativos de los que venimos hablando.

El establecimiento de los saberes y prácticas del abuso en su especificidad a) facilita la preparación de un testimonio «adecuado», cercano a la experiencia de la persona; b) ayuda a las personas a desarrollar un grado de «discernimiento» que les permite distinguir las acciones dirigidas hacia ellos que expresan explotación, abuso o descuido de las que expresan apoyo, amor y cuidado; y c)

expande las posibilidades a disposición de las personas para tomar medidas para resistir y desafiar estos saberes y prácticas en sus vidas cotidianas.

CHRIS: Creo que, ocasionalmente, incluso prescribes la lectura de un libro sobre los objetivos y los efectos de la tortura. Me pregunto cuáles son los efectos reales que esto produce y, a la vista de tus afirmaciones acerca de la repetición del trauma, ¿existe algún riesgo de que en los hechos esta lectura pueda resultar una experiencia traumatizante?

MICHAEL: Me gustaría volver sobre mi insistencia en la cuestión del significado. Jamás indicaría ese tipo de lectura si no tuviera una fuerte impresión de que la persona que consulta está en verdad emprendiendo la reinterpretación de sus experiencias de abuso. Una vez establecido esto, puede ser muy beneficioso leer dichas descripciones. Para las personas que han sobrevivido al abuso es particularmente interesante enterarse de que otras personas que han sobrevivido al abuso también experimentan grados similares de culpa y vergüenza y que, a través de esa experiencia, fueron entrenadas en actitudes muy negativas hacia ellas mismas. Podrá ser angustiante leer estas descripciones en estas circunstancias, pero la transparencia no inflige un nuevo trauma. Más bien, contribuye a la reformulación del abuso.

Realmente ayuda a que las personas sepan que la tortura no es una prueba que establece la valía moral de un individuo, que la tortura no es una respuesta al mal comportamiento, que la tortura no es siquiera primariamente una cuestión de arrancar confesiones, sino que sus objetivos se vinculan más con quebrar la identidad, quebrar el sentido de comunidad y aislar a las personas de las demás, destruir la dignidad y desmoralizar, despersonalizar el mundo en la experiencia que las personas tienen de este, etcétera. Para quienes han sobrevivido al abuso, este es un discernimiento importante, que socava el tan incapacitante sentimiento de culpabilidad y vergüenza.

CHRIS: Has mencionado la importancia que tiene para los sobrevivientes del abuso la expresión de su indignación ante lo que han experimentado. ¿Cómo crees que se ve esto afectado por la actitud

de nuestra cultura hacia la ira, en especial hacia la ira de las mujeres?

MICHAEL: Efectivamente observo que todos tenemos derecho a expresar lo que generalmente se llama «ira», así como el hecho de que en nuestra cultura este derecho ha sido tan a menudo cuestionado a las mujeres. Pero me pregunto: «¿por qué esta palabra?». ¿Por qué siempre mediar esta expresión con una palabra como ira? En esta cultura, las personas siempre quieren hablar de ira y lo hacen siempre dentro del contexto de un discurso específico. En el contexto de este discurso, la ira es altamente valorada. Es venerada. Es puesta en un pedestal. Es mencionada constantemente. Es considerada la fuerza primaria de nuestra naturaleza. Es fetichizada. Esta ira es algo con lo que las personas siempre tienen algo que ver. Estamos fijados en la noción de «ira no resuelta». Es considerada la fuente de toda suerte de terribles males. Pero a menudo se me ocurre que quizás el mal que nos aqueje sea esta misma fijación.

Así como también se habla tanto de «la mujer enojada», lo que invariablemente expresa una descalificación de la experiencia femenina de la política de género. He sido consultado a menudo por mujeres que se refieren a sí mismas de esta manera y que han aprendido a patologizarse por esta razón. He interrogado a estas mujeres acerca de cómo llegaron a esta interpretación y a menudo me comunican los «discernimientos» que han logrado durante experiencias terapéuticas anteriores. Ahora bien, estas interpretaciones hacen que, sea lo que fuere la experiencia de la «ira», sea pensada de un modo que está vaciado de contexto. En este sentido, «ira» es una de esas palabras que forma parte de un discurso que psicologiza, oscurece el contexto y limita las posibilidades para la acción en el mundo. Pero ¿qué tal «indignación»? ¿Qué tal «pasión» por la justicia? Estas interpretaciones o descripciones son parte de un discurso diferente, un discurso que aporta opciones para abordar el contexto y opciones para la expresión de esta experiencia a través de la acción. Los discursos son constitutivos, moldean nuestras vidas. Dentro del contexto de estas interpretaciones o descripciones alternativas, la experiencia a la que suele referirse con la palabra «ira» deja de ser algo que debe ser elaborado, o algún estado del ser, para convertirse en algo que debe ser honrado.

CHRIS: Lo que estás diciendo aquí sobre la ira parece ajustarse a algunas de las preocupaciones que te he escuchado expresar acerca de conceptos psicológicos populares tales como codependencia y acerca de los análisis sistémicos que interpretan el abuso como función de la relación. ¿Podrías hablar de esas preocupaciones?

MICHAEL: Toda esta psicologización de la experiencia personal y todos estos análisis formales son profundamente conservadores. Invariablemente, patologizan las vidas de las personas que han sido sometidas al abuso y, al hacerlo, desvían la atención de los aspectos políticos de la situación. Además, muchas de las interpretaciones de este tipo discriminan contra las maneras femeninas de ser en el mundo y defienden las maneras masculinas de ser en el mundo dominantes.

CHRIS: Una de las ideas específicas implicadas en esto es la de que las mujeres que han sufrido abuso buscan activamente nuevas relaciones abusivas debido a algún mecanismo psicológico internalizado. ¿Podrías comentar esto?

MICHAEL: Esta interpretación se basa en algunas observaciones. La mujeres que han sufrido abusos en su infancia y adolescencia y que, en su vida adulta, han establecido una relación con un hombre que las ha sometido a nuevos abusos, a menudo cuando dejan esta relación terminan en otras relaciones en las que, nuevamente, son sometidas a abuso por otros hombres. Este fenómeno es abordado por las diversas escuelas psicológicas y desata la invención de una amplia gama de explicaciones que se refieren a mecanismos psicológicos. La mayoría de estas explicaciones incluyen alguna razón patológica para los motivos que la mujer tiene de establecer esas relaciones.

Ahora bien, debemos preguntarnos qué efectos tienen estas interpretaciones en las vidas de esas mujeres. Bueno, yo les he formulado esta pregunta a las mujeres y estoy seguro de que no les será demasiado difícil adivinar qué respuestas recibí. Las interpretaciones patologizantes alientan a las mujeres a hacerse responsables del abuso que los hombres perpetran. Estas interpretaciones alientan a las mujeres a continuar con relaciones en las cuales están siendo sometidas a violencia por los hombres. Las in-

interpretaciones de esta clase están al servicio del mantenimiento del statu quo.

CHRIS: ¿De qué otro modo podría entonces interpretarse este fenómeno de mujeres que han sufrido abuso que entran en relaciones en las cuales sufren nuevos abusos por parte de los hombres?

MICHAEL: Hay muchas pruebas que apoyan la idea de que esta vulnerabilidad surge de dificultades en la capacidad de discernimiento: dificultades para distinguir abuso de protección, abandono de cuidado, explotación de amor, etcétera. Esta dificultad para discernir hace a muchas mujeres completamente vulnerables a la explotación en sus relaciones. Si una mujer no es capaz de distinguir abuso de protección al principio de la relación, no podrá percibir las primeras señales de alarma y enfrentar este abuso, rápidamente eligiendo la opción de romper el vínculo antes de que esté más establecido y sea más definitorio de su identidad.

CHRIS: ¿Cuál es el origen de esta dificultad en el discernimiento, de la dificultad para establecer distinciones cruciales en torno a nuestra experiencia?

MICHAEL: La mayoría de las personas que han sido abusadas en su infancia o adolescencia, lo han sido dentro de instituciones de nuestra cultura que formalmente están definidas como contextos que brindan amor y cuidados: esto es, en las familias, las redes extensas de parentesco o las instituciones que sustituyen esas familias o esas redes. Sufrir abuso en contextos que son definidos como contextos de amor y de cuidado genera confusión y mistificación. A las personas que sufren el abuso en estos contextos se les hace difícil establecer las distinciones a las que me he referido, es decir entre abuso y protección, abandono y cuidado, explotación y amor. El mito popular que describe a la familia como el «paraíso en un mundo cruel» ha contribuido significativamente a esta mistificación. De hecho, ha quedado establecido que una importante proporción de familias constituyen lugares altamente peligrosos para los niños.

Pero no es necesario que experimentemos abuso en nuestras familias de origen para tener más tarde dificultades para discernir entre abuso y protección. A veces, a todos nos resulta difícil perci-

bir esta diferencia. Después de todo, hemos crecido en una cultura que está informada por un folklore que borra distinciones que son cruciales: «Porque te quiero te aporreo», «La letra con sangre entra», etcétera. Ahora, a las personas que han sido sometidas al abuso, y me refiero aquí al abuso traumático perpetrado en un contexto que esta cultura define como protector y nutriente, se les hace increíblemente más difícil discernir abuso de protección y explotación de amor.

Y, para muchas personas, este borramiento de importantes distinciones resulta recurrente. Tomemos las ideas corrientemente aceptadas respecto de los «celos». A menudo, los consejeros reciben consultas de mujeres que interpretan el abuso al que son sometidas por parte de sus parejas como «celos». Y, en estas circunstancias, esta demostración de «celos» se interpreta como un indicador de la medida en la que el hombre valora a su compañera o se toma como un reflejo del grado de intensidad de sus sentimientos por ella. Las mujeres que históricamente han sido sometidas a abusos son altamente vulnerables a esa clase de interpretaciones que los hombres utilizan para justificar y expandir sus comportamientos abusivos.

CHRIS: ¿Podrías comentar cómo procedes para lograr la reinterpretación de estos relatos, de modo que una persona que haya sido abusada pueda desarrollar esta capacidad de discernimiento?

MICHAEL: La terapia puede proporcionar el contexto adecuado para ayudar a las personas a lograr este discernimiento. Podemos comenzar explorando con ellas algunos de los efectos reales de los abusos a los que han sido sometidas en sus vidas. Podemos trabajar para identificar las acciones autodestructivas como expresiones de experiencias de abuso y podemos embarcarlas en conversaciones que establezcan distinciones entre estas clases de expresiones del abuso y las que están basadas en una reinterpretación o una reformulación del abuso mismo. Podemos trabajar juntos para identificar acontecimientos extraordinarios, es decir aquellas acciones personales que no pueden ser leídas como rechazo de sí, sino como cuidado de sí. Estos acontecimientos extraordinarios nos brindan un punto de ingreso a las contratramas de las vidas de las mujeres, aquellos relatos que tienen que ver con la su-

pervivencia, la capacidad de adaptación, la protesta, la resistencia, etcétera.

Una vez que hemos yuxtapuesto estas tramas, y a medida que va avanzando nuestro trabajo, podemos alentar a las mujeres a clasificar sus experiencias cotidianas en una u otra trama. *¿Este acontecimiento concuerda con la idea de abuso o autoabuso o con la idea de cuidado o cuidado de sí? ¿Esta interacción invita al rechazo de sí o invita a la autoaceptación?* Etcétera. Una consecuencia de este trabajo es que a las mujeres se les hace mucho más fácil distinguir las diferentes acciones a las que son sometidas —y aquellas a las que se someten ellas mismas— como, o bien acciones de apoyo, o bien acciones de falta de consideración hacia su persona. Otra consecuencia es que las contratramas de las vidas de las personas quedan claramente expresadas —este proceso de clasificación y vinculación les da «densidad» a estas tramas— y es frecuente que, por primera vez, las mujeres comiencen a identificar los relatos preferidos acerca de sus anhelos, gustos, deseos, objetivos, metas, esperanzas, etcétera.

A medida que esta capacidad, esta habilidad de discernimiento se va desarrollando, las mujeres informan que la confusión, que era ubicua, comienza a disiparse. Las mujeres y los hombres que han sido sometidos a abuso en su niñez y adolescencia, y que han estado aislados en este abuso, suelen informar que nunca se sienten en contacto con la vida. Y dicen más. No sólo mencionan su incapacidad para estar en contacto con la vida, sino también el hecho de que no pueden «verla» con claridad, es decir que intentar ver la vida es como mirar en medio de la niebla o la bruma. A medida que las personas comienzan a ser capaces de hacer el tipo de distinciones a las que me he estado refiriendo, invariablemente, la niebla se comienza a disipar. Al principio, hay episodios maravillosos, pero fugaces, en los que la «visión» se aclara. Con el tiempo, esta claridad se generaliza. Entonces, el riesgo de que las mujeres persistan en relaciones en las cuales son sometidas al abuso y la explotación es menor.

CHRIS: A menudo, durante el curso de esta entrevista, has destacado la importancia de explicitar el contexto de las experiencias de abuso de las personas. Tenía alguna idea sobre esto antes de la entrevista, pero en alguna medida me ha sorprendido hasta dónde llevas la atención al contexto en tu trabajo.

MICHAEL: Percibes bien ese énfasis. Es muy importante que las prácticas abusivas a las que son sometidos hombres y mujeres sean contextualizadas. Es importante por todas las razones que venimos analizando, pero también porque les posibilita a las personas que nos consultan la comprensión de que no son las únicas receptoras de estas prácticas abusivas, que no se trata de algo único de sus vidas: que, aunque el abuso los hubiera aislado de los demás, no estaban solos en su experiencia de aquél.

Sé que las personas pueden lograr esta comprensión sin que ello contribuya de ningún modo a una subestimación de su experiencia del trauma del abuso (sin minimizar de ningún modo su experiencia o la expresión de esta experiencia) y sin descalificar de ningún modo su interpretación y formulación de las importantes consecuencias que este abuso ha tenido en sus vidas. Al referir sus experiencias del abuso al contexto, las personas se hacen menos vulnerables a la patologización de sus identidades y al entrenamiento en el sentimiento de vergüenza que acompaña a esta patologización.

Una comprensión del contexto también hace posible que las personas determinen el grado en que sus propios padres puedan haber estado reproduciendo las prácticas abusivas a las que ellos mismos fueron sometidos en sus familias de origen y determinar si sus padres se habrían comportado, aun mínimamente, mejor que sus abuelos. Por supuesto, no todos los padres se comportan mejor que sus propios progenitores, y algunos se comportan peor. Pero mujeres y hombres me han informado que esta clase de determinaciones son muy importantes. Las determinaciones de este tipo embarcan a las personas en la tarea de comprender en qué medida, en su trabajo para recuperar sus vidas de los efectos del abuso, participan de un proyecto mayor que tiene que ver con proponerse desafiar prácticas abusivas que a menudo llevan generaciones en sus familias. Y las determinaciones de este tipo hacen posible que estas mujeres y hombres aprecien los aspectos en que pueden haberse comportado mejor que sus propios padres y marca una dirección para la profundización de este trabajo.

CHRIS: Por algún motivo, este análisis me recuerda una pregunta que he oído que usas en tu trabajo: «¿En qué habría cambiado tu vida si te hubieras tenido a ti mismo como progenitor?» Me produce curiosidad. ¿A dónde vas con esta pregunta?

MICHAEL: Hay dos categorías de preguntas de este tipo que son muy útiles y las formulo aproximadamente así:

- a) *¿Cómo imagina que hubiera sido su vida si se hubiera tenido como padre / madre? Si se hubiera tenido a sí mismo como madre / padre, ¿qué cosa acerca del niño que usted era habría sido apreciada, que no lo fue? ¿Qué diferencia habría marcado en su crecimiento el haberse tenido a usted mismo como madre / padre? ¿Se hubiera aceptado mejor a usted mismo? ¿cómo? ¿Se habría sentido querible? ¿cómo?*
- b) *Imagine: si usted fuese su propio hijo / hija, ¿qué cosa de su experiencia como hijo enriquecería su vida? Si usted fuese su propio hijo / hija, ¿qué cualidades parentales piensa que hubiera percibido como enriquecedoras de su vida?*

Las preguntas de este tipo suelen ser efectivas para desafiar las «verdades» de identidad negativas a las que a las personas se les hace adherir por sus experiencias del abuso. El sentimiento de identidad está significativamente determinado por la percepción que tenemos acerca de las percepciones de otras personas acerca de quiénes somos. Y puesto que nuestros padres son fundamentales en esto, sucede que a menudo son los padres abusadores los que terminan teniendo la última palabra acerca de quiénes somos y acerca de cómo nos relacionamos con nuestro yo. Las preguntas como las que esboqué más arriba socavan la autoridad de los padres abusadores, que en su mayoría son hombres, y abren posibilidades para que hombres y mujeres revisen su relación con su «yo».

Estas preguntas les permiten a las personas identificar aspectos de sus vidas como hijos, así como cualidades y características personales, que podrían haber sido enteramente apreciadas en otras circunstancias, dentro de los contextos de otras relaciones. Estas preguntas también hacen posible que las personas que han sido abusadas experimenten por ellos mismos la misma clase de compasión que con frecuencia sienten por otros. De esta manera, las respuestas de estos hombres y mujeres a estas preguntas tienen el efecto de despojar a los padres abusadores de la última palabra en cuestiones de identidad.

CHRIS: Bueno, esto satisface en parte mi curiosidad. Pero quisiera saber más sobre el tema, así que quizá podríamos retomarlo en otro momento. Vayamos ahora a las dificultades que tienen las mujeres para terminar —y no involucrarse en— relaciones en las cuales los hombres cometen abusos contra ellas. Sé que has dicho que esto puede llegar a ser mucho más difícil de lo que la mayoría de las mujeres esperan.

MICHAEL: Hay muchas importantes consideraciones que les dificultan a las mujeres abandonar esas relaciones. Aparte de las ya analizadas en esta entrevista, existen consideraciones de índole económica y las que se vinculan con la falta de opciones para resolver el tema de la vivienda, falta de apoyo de familiares y amigos, amenazas y acoso de los hombres involucrados, etcétera.

Pero existe otra importante consideración que debemos discutir aquí. Generalmente, en el momento de la separación y/o en el período inmediatamente anterior a este punto, las mujeres que son abusadas por sus parejas masculinas experimentan grandes expectativas (expectativas de que, a través de la separación saldrán del terror y la desesperación que se han convertido en parte de su existencia cotidiana y expectativas de que podrán alcanzar algún grado de bienestar). Sin embargo, a pesar de las expectativas positivas que son experimentadas hasta el momento de la separación y por un breve período después de esta, se encuentren donde se encuentren estas mujeres después de la separación —sea en un alojamiento propio, en refugios o en casa de amigos o parientes— existe un riesgo muy real en esos primeros momentos de que la mujer regrese a la situación violenta anterior, que está inalterada. Y, de hecho, esto es lo que un alto porcentaje de mujeres hace.

A menudo, inmediatamente después de abandonar a un hombre violento, las mujeres empiezan a perder el sentimiento de alivio por haber escapado, así como su esperanza acerca de las nuevas opciones y posibilidades para sus vidas y las de sus hijos, y se hunden nuevamente en la desesperación. Muy pronto se encuentran en un «pozo», caracterizado por sentimientos de confusión, desorientación, profunda inseguridad y fracaso personal. La experiencia de las mujeres de estar en este pozo puede resultar tan abrumadora que pueden descubrirse sintiéndose aun peor que antes de abandonar al hombre abusador. Esta evolución suele leerse como

un retroceso («Estoy peor que antes») y en muchas mujeres, esta lectura desempeña un papel importante en la decisión de volver a una situación violenta inalterada, a pesar de la alarma y las objeciones que esta decisión provoca en otras personas preocupadas por ellas.

No obstante, otras lecturas de esta experiencia «como de estar en un pozo» son posibles, y algunas aportan interpretaciones que pueden contribuir significativamente a evitar este regreso a una situación violenta e introducir nuevas posibilidades para la acción que probablemente brindarán apoyo a estas mujeres durante el proceso de separación.

CHRIS: ¿Cuál sería un ejemplo de dicha interpretación alternativa? y ¿cómo es introducida?

MICHAEL: Si las mujeres que están trabajando para abandonar relaciones en las cuales son tratadas con violencia por los hombres —y para no volver a ellas— aprecian la medida en que estos proyectos las comprometen en una «migración de identidad», y si llegan a entender los procesos implicados en dichas migraciones, entonces, es posible que lleguen a completar este proyecto con éxito.

La identidad que las mujeres han experimentado antes de la separación es una identidad que ha sido impuesta por el hombre abusador y, también, por otras personas que habrían cometido abusos en sus familias de origen y/o en otras instituciones de esta cultura.

Como para los hombres abusadores es imperativo lograr el control de la mujer, durante su relación reinterpretan, implacable y sistemáticamente, las historias e identidades de estas mujeres. Así, cuando estas mujeres empiezan a dar pasos para liberarse, están haciendo mucho más que liberarse de un trauma en curso, están haciendo mucho más que liberarse de una red social familiar y están haciendo mucho más que lanzarse a la inseguridad material, aunque tener que enfrentarse a todo esto «solamente» ya es más que suficiente para cualquiera de nosotros, en cualquier momento de la vida.

En ese momento, las mujeres están embarcándose también en una migración de identidad. Y, en esta migración, siempre hay alguna distancia entre el punto de la separación del contexto abusi-

vo y el punto de arribo a alguna ubicación preferida en la vida y a algún relato alternativo y preferido de la propia identidad. Siempre hay alguna distancia entre estos dos puntos, en términos temporales. Y en este período, como en todo proceso migratorio, las mujeres atraviesan una serie de experiencias, muchas de ellas, difíciles. En este espacio «liminal» o «ni lo uno ni lo otro», reinan la confusión y la desorientación, a menudo todo parece inmanejable, incluso la relación con los hijos. Es en este espacio en el que las mujeres son vulnerables a un sentimiento de total incompetencia y fracaso personal, a sentimientos de desesperación y aguda desesperanza.

CHRIS: Entonces, ¿cómo ayuda en este trabajo la metáfora de la migración?

MICHAEL: Si las mujeres tienen la oportunidad de incluir su experiencia de descenso hacia este pozo de confusión y desorientación como parte de un proceso, si tienen la oportunidad de colocarlo en el mapa de una travesía en curso, en lugar de interpretarlo como un retroceso, entonces estarán menos expuestas a retornar a una situación violenta inalterada. Si las mujeres son capaces de entender estas experiencias como productos de una migración de identidad, se les hace más factible perseverar en su travesía, a pesar de la desorientación y la confusión. El trazar este mapa ayuda a las mujeres a colocar su angustia dentro del contexto de progreso, defender y aferrarse a la idea de que el futuro podría depararles algo diferente, aferrarse a sus esperanzas, a sus expectativas de una vida mejor, mantener a la vista el horizonte de otro mundo posible. Para facilitar el trazado de este mapa de la experiencia de estas migraciones de identidad, generalmente comparto con las mujeres que me consultan los gráficos de las experiencias de migración de otras mujeres en circunstancias similares, es decir gráficos que otras mujeres han diseñado durante nuestro trabajo, y que me han dado el permiso de compartir con terceros. Luego de analizar esos gráficos, aliento a las mujeres que me consultan a indicar dónde creen estar en su travesía.

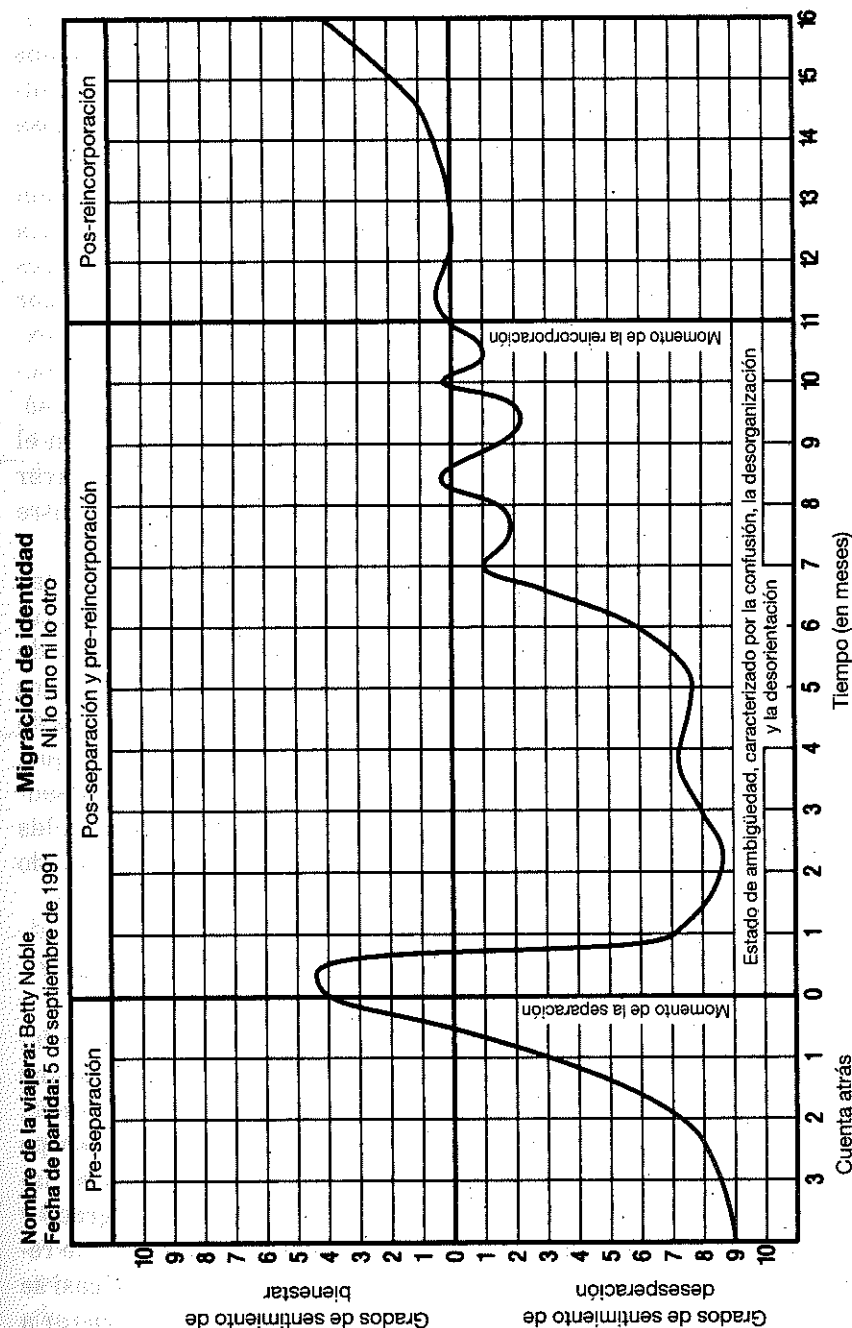
CHRIS: ¿De modo que se invita a las personas a delinear su propia travesía en referencia a la travesía de otras?

MICHAEL: Sí. Aliento a las mujeres a reflexionar sobre sus experiencias de esta migración, a elegir uno de los gráficos que tengo de muestra y marcar allí el punto en el cual creen estar actualmente situadas en esta travesía. Las mujeres descubren que hacer una cruz en un gráfico que les brinda alguna indicación de su ubicación en una trayectoria llamada «migración de identidad», el mero acto de hacerlo produce un cambio dramático en su actitud hacia lo que están atravesando. Las interpretaciones de retroceso se desvanecen y la esperanza, un antídoto para la desesperación, resurge. Y esto es algo con lo que las mujeres pueden contar para salir de la previsible confusión y desorientación que caracteriza tales travesías.

CHRIS: ¿Cómo procedes para introducir la idea de marcar la propia ubicación en estos gráficos?

MICHAEL: Generalmente hago preguntas como: *Aquí es donde estaba Jane a las tres semanas. Usted está a tres semanas de comenzada la travesía. ¿En este gráfico, dónde cree estar hoy? ¿Dónde ubicaría su posición actual?* Mary podría responder con algo como: «Bueno, pienso que me estoy sintiendo peor que como Jane se sentía en este punto» y, dependiendo de la forma del gráfico, podría terminar haciendo una marca en el gráfico que la situara en algún punto más adelante en la travesía. O Mary podría decir «No creo que me esté sintiendo tan desesperada como se sentía Jane en este punto, de modo que creo que estoy aquí» y podría ubicar su posición actual en un punto que Jane ya había alcanzado en la segunda semana de su migración. Incluiré una copia de uno de estos gráficos para que se publique junto con esta transcripción [véase la página siguiente]. En estos ejemplos los lectores verán que, en la etapa inicial de esta migración, debido a la clase de experiencias previsible en una migración de identidad, sentirse peor es invariablemente interpretado como progreso, no como retroceso.

CHRIS: Quiere decir que las mujeres que se liberan de contextos violentos corren menos riesgos de volverse atrás si pueden referirse a estos mapas. Y si pueden leer su experiencia dentro del contexto de estos mapas ¿sabrán qué esperar?



MICHAEL: Sí. Y de esta manera comenzarán a sentirse menos alarmadas por las experiencias de confusión, desorientación y demás de ese período que no es «ni lo uno ni lo otro», así como menos vulnerables a estados de aguda desesperanza que no hacen otra cosa que complicar estas travesías.

Me gustaría destacar aquí que nunca dos gráficos de migración de identidad son exactamente iguales y que la mujer que consulta y yo tenemos la tarea conjunta de identificar las particularidades de su travesía. Para lograrlo, podemos dedicar tiempo a analizar todo aquello de lo que la mujer se está separando, así como sus experiencias más recientes en la travesía y podemos empezar a especular acerca de lo que esto podría sugerir sobre el futuro, o sea sobre futuras circunstancias de la vida, sobre modos de ser en el mundo que podrían estar en el horizonte. También podemos entrar en especulaciones acerca de la distancia que cabría esperar entre la separación y el arribo o «reincorporación».

Para ayudar en estas especulaciones, suelo compartir con las mujeres algunos detalles de las travesías de otras mujeres que tuvieron gráficos similares. Basándome en las interpretaciones de esas travesías que otras mujeres me han dado, generalmente les informo que el tiempo mínimo requerido para estas migraciones de identidad son nueve meses. No obstante, también les informo que, si las circunstancias de este viaje son buenas, pueden esperar sentirse algo mejor mucho antes del punto en que estén establecidas en otra ubicación en la vida y del punto en el que hayan afirmado un sentido de identidad diferente y preferido.

CHRIS: ¿Qué quieres decir con «si las circunstancias son buenas»?

MICHAEL: Podemos trabajar para establecer las circunstancias favorables. Por ejemplo, generalmente aliento a las mujeres que me consultan a entrevistar a otras mujeres sobre sus migraciones. Puede tratarse de migraciones similares a las propias o de otro tipo de migraciones, incluyendo las geográficas. En Australia, debe haber pocas personas que no conozcan a alguien que haya migrado y la mayoría conoce a alguien a quien el proceso de migración le resultó difícil, personas a las que irse les resultó tan duro que casi se volvieron o quizá desearon haber podido volverse. Al entrevistar a otros acerca de sus experiencias migratorias, las mujeres pueden

identificar qué los sostuvo en el proceso y pueden desarrollar conocimientos acerca de qué circunstancias son más favorables a la perseverancia. Además, pueden obtener una percepción más aguda de cuánto habrán de avanzar en el camino antes de llegar a sentir que se están liberando de la inseguridad, confusión y desorientación que se asocian con estas migraciones.

Planear una celebración para el momento del arribo, al final de la travesía, también puede ayudar a establecer estas circunstancias. Esta planificación puede ir desde hacer la lista de invitados hasta preparar las invitaciones.

CHRIS: Has mencionado las dificultades que los sobrevivientes al abuso suelen tener para desarrollar redes de apoyo y los significados negativos que suelen atribuir a su necesidad de ayuda. ¿Podrías decir algo sobre esto?

MICHAEL: Muchas de las mujeres, y también hombres, que conozco y que históricamente han sido sometidos al abuso, son más bien críticos de sí mismos por la que consideran su «naturaleza dependiente». Tienden a patologizarse a través de diversas autoacusaciones por lo que interpretan como su dependencia de otros. En ocasiones, esta preocupación ha sido el motivo de su consulta. La «dependencia» es un problema que es presentado para ser «resuelto» y, con su resolución, las personas esperan alcanzar un destino en sus vidas en el cual puedan «ser autosuficientes».

Ahora bien, suelo encontrar algo curiosa esta definición del problema y esta conclusión acerca de la solución. ¿No es probable que estas definiciones y estas conclusiones estén informadas por las nociones culturales dominantes acerca de qué significa ser una verdadera persona —esto es, «independiente», «serena», «autónoma», «personalmente realizada», etcétera— y las nociones culturales dominantes acerca de cómo habría de lograrse esto, es decir, por medio de la separación?

Mi respuesta a dichas autoacusaciones suele ser tomar nota acerca de los miembros del «equipo de abuso» durante el curso de la vida de la persona y acerca de las operaciones de este equipo y del período que llevan operando. Esto me permite calcular la «fuerza» de este equipo de abuso y de su trabajo, por simple multiplicación, esto es, el número de miembros del equipo de abuso activo por el ni-

vel de sus operaciones por el período de esas operaciones. Los miembros incluyen a todos aquellos que estuvieron central o periféricamente involucrados, incluyendo a los que fueron cómplices del abuso, si bien no activos en su comisión. Luego, podemos determinar juntos qué cosa podría hacerle contrapeso al equipo de abuso. Ahora bien, es lógico que el establecimiento de un «equipo de apoyo», un equipo que brinde cuidado, aliento y protección, podría proporcionar dicho contrapeso y a la larga inclinar la balanza en favor de la persona. Se hace posible determinar, a través del cálculo, los requerimientos, en composición y actividad, del equipo de apoyo. Pueden hacerse algunas proyecciones acerca de esos requerimientos por medio de un cálculo en el cual la duración de la participación, la intensidad de la actividad y el número de miembros del equipo de apoyo están todas en relación inversa, de modo que parece mejor incluir más personas en el equipo de apoyo, en lugar de menos.

Así, en este trabajo se reinterpreta lo que las personas habían definido como codependencia. Las personas ingresan en discursos alternativos sobre su identidad. Sea lo que fuere la «codependencia», esta deja de ser un hecho psicológico de la vida de la persona que debe ser «elaborado» y, por ende, las prácticas de autoacusación asociadas a ella retroceden. A las personas se les hace ahora posible abordar a aquellos de quienes creían ser dependientes e invitarlos formalmente a sumarse al equipo de apoyo. Asimismo, puede ampliarse el número de miembros del equipo de apoyo alentado a las personas a identificar e invitar a otras personas que ellos crean que estarían dispuestas a sumarse. Si luego de estos pasos existe un déficit de miembros, los terapeutas pueden poner a las personas en contacto con otras que son miembros «vitalicios» de equipos de apoyo y que estarían dispuestas a participar.

Cuando los miembros en vista reciben invitaciones formales a sumarse a dichos equipos, es menos probable que se sientan agobiados y más probable que esperen interesados la primera reunión de equipo de apoyo, de modo de poder discutir su contribución. Al recibir esta invitación, también es mucho más probable que se sientan reconocidos por su contribución hasta la fecha. Y es beneficioso que en las invitaciones formales se reconozca el trabajo de apoyo que ya han realizado.

CHRIS: ¿Cómo son esas reuniones de equipo de apoyo?

MICHAEL: Primero, la persona que envió las invitaciones hace una descripción de los miembros del equipo de abuso, sus actividades, la duración de estas actividades y los efectos a largo plazo de las mismas. Segundo, se introduce la noción de equipo de apoyo, junto con algunas ideas acerca del papel que este equipo podría desempeñar para lograr la anulación del trabajo del equipo de abuso. Tercero, se le brinda un reconocimiento al trabajo —y a los efectos de este trabajo— que los posibles miembros del equipo de apoyo ya han realizado en esta dirección. Cuarto, los candidatos a miembros del equipo de apoyo hablan de la clase de contribución permanente al trabajo de apoyo que creen que impugnaría el trabajo del equipo de abuso y que se ajustaría a las necesidades de sus propias vidas de manera tal que no les resultaría gravoso. Quinto, la persona que convocó la reunión responde a estas propuestas y hace nuevas sugerencias acerca de lo que funcionaría mejor para ella. Sexto, todas estas propuestas y sugerencias son negociadas y se elaboran planes para su puesta en práctica. En este punto, los planes son elaborados en sus particularidades.

CHRIS: ¿Participas en estas reuniones?

MICHAEL: Pienso que es muy importante que el terapeuta esté presente al menos en las dos primeras reuniones, para brindar ayuda y clarificación. Para los terapeutas, tanto como para los miembros del equipo y la persona que convocó la reunión, estas ocasiones pueden ser profundamente conmovedoras.

CHRIS: Supongo que este proceso de formalización tiene un efecto notable en la moral del equipo.

MICHAEL: Sí. Los integrantes del equipo sienten que están asumiendo un rol más proactivo, uno que no cansa. Por ejemplo, puede ser que uno de los integrantes del equipo disfrute el expresar sus habilidades artísticas haciendo tarjetas con mensajes que contradicen las «voces» del equipo de abuso, tarjetas que la persona que convocó al equipo de apoyo puede recibir por correo tres veces por semana. Este rol proactivo implica que la contribución central de los miembros del equipo de apoyo ya no es la de responder a las crisis. Además, una vez que el equipo de apoyo ha comenzado a trabajar, la persona que lo ha convocado experimenta menos crisis.

CHRIS: ¿Piensas que el desarrollo de equipos de apoyo es especialmente importante en el período en el que una sobreviviente de abuso está atravesando la migración de identidad de la que hablaste con anterioridad?

MICHAEL: Sí, creo que es especialmente importante. Contribuye a generar condiciones favorables a la perseverancia y la esperanza, condiciones en las que es menos probable que las personas se sientan una carga para los demás y en las cuales son más capaces de simplemente pedir ayuda y aprovechar el apoyo disponible.

CHRIS: Quisiera cambiar de tema y hacerte algunas preguntas acerca de cómo ves la relación terapéutica. Sé que piensas que es importante que las relaciones de poder inherentes a la interacción entre terapeuta y cliente sean abiertamente reconocidas y abordadas. ¿Podrías decir por qué lo consideras importante y cómo lo encaras?

MICHAEL: Dentro del contexto terapéutico siempre existe un diferencial de poder, no importa cuán comprometidos a desmantelarlo estemos, no importa cuán decididos estemos a establecer este contexto como igualitario. El reconocimiento de este hecho hace que los terapeutas tomen conciencia de que les corresponde encontrar maneras de asegurarse de que este diferencial de poder no tenga efectos desfavorables en las vidas de las personas que los consultan.

Con frecuencia me consultan hombres y mujeres que han sobrevivido al abuso y existe aquí un gran potencial para que este diferencial de poder inherente tenga efectos negativos en las vidas de estas personas y reproduzca algunas de sus experiencias de sometimiento. De modo que es imperativo que hable con las personas acerca de los posibles efectos negativos de este diferencial de poder en el contexto terapéutico y acerca de cómo podríamos crear estructuras que reduzcan esas posibilidades. Pero además, y quizás esta sea una consideración más fundamental, existe el hecho de que yo soy hombre y, generalmente, quienes perpetran los abusos son hombres. De manera que también tengo que hablar con quienes me consultan acerca de cómo este hecho podría introducir ciertos riesgos en la interacción terapéutica, acerca de la posibilidad

de que este hecho condujera a la reproducción inadvertida de experiencias pasadas de dominación y descalificación.

CHRIS: Para llamar la atención sobre los riesgos potenciales que surgen del hecho de que pertenezcas al género masculino, ¿de qué hablas?

MICHAEL: Depende totalmente de las circunstancias y puede estar informado por el hecho de que la persona esté empezando a apreciar los aspectos políticos de las relaciones de género. En respuesta a esto puedo exponer mi idea acerca del grado en que el comportamiento de otros está a menudo gobernado por el humor de un «patriarca» —o, si quieres, por el talante que ostenta un hombre mayor— y el grado en que existen posibilidades de que algunas de mis respuestas sean leídas como humorales y percibirse como de algún modo intentando ejercer algún control sobre la persona o descalificar su conocimiento o inteligencia en el contexto de la terapia. O, en otras circunstancias, puedo especular acerca de peligros totalmente diferentes. Al analizar peligros potenciales como estos pueden elaborarse planes para controlarlos, llamar la atención sobre ellos cada vez que algún participante los reconozca en acción y abordarlos dentro del contexto de la terapia.

Pero esta clase de reconocimiento de estos posibles peligros y limitaciones de nuestro trabajo no es suficiente. Creo que debemos agotar los esfuerzos para incorporar prácticas y estructuras de responsabilidad y transparencia. Describí algunas de estas prácticas y estructuras de responsabilidad y transparencia en un texto titulado «Una conversación sobre la responsabilidad» [véase el capítulo 6 de este libro] y no las analizaré aquí.

CHRIS: Retomando lo que decías sobre el talante del «patriarca», pienso que es especialmente importante que reconozcamos la medida en la que nuestras interacciones con las familias pueden estar gobernadas por la disposición de ánimo del padre y la medida en que esto puede desplegarse en contextos terapéuticos cuando las familias están consultando terapeutas. Te he oído hacer observaciones similares. Y pienso que te he oído hablar de la importancia de que los terapeutas reconozcan la medida en que su participación puede estar gobernada por estos humores. ¿Te he interpretado correctamente?

MICHAEL: Sí. Cuando se trabaja con familias o, en todo caso, cuando se trabaja con parejas heterosexuales, creo que es importante que los terapeutas sean conscientes de este tema. Todos tenemos experiencia de la cultura masculina dominante y sabemos que muchos aspectos de esta experiencia son profundamente negativos. Supongo que la mayoría de los lectores de esta entrevista podrían fácilmente referir historias acerca de ocasiones en sus vidas en las cuales lo que dijeron y el modo en que actuaron estuvo considerablemente determinado por los humores de algún patriarca. Y a un gran número de nosotros se nos ha enseñado a temer y guardarnos de estos humores. De modo que cuando nos enfrentamos a los humores de los patriarcas, somos algo vulnerables a adoptar un comportamiento contrario a nuestro criterio ideal, comportamiento que compromete nuestros valores elegidos, que viola nuestras relaciones con nuestros «yoes».

Entonces, es sensato que nos hagamos responsables de fiscalizar nuestras respuestas a los patriarcas en los contextos terapéuticos. Esto nos dará la posibilidad de determinar si nuestras percepciones del talante de ese hombre están determinando nuestras respuestas en este trabajo. Es obvio que si estos humores están determinando nuestras respuestas a los otros miembros de las familias que nos consultan, sin duda estaremos contribuyendo a su experiencia de opresión.

CHRIS: Como parte de protestas cada vez más difundidas en el sentido de que, en el proceso de prestar atención a la experiencia de las mujeres, la experiencia de los hombres está siendo ignorada, recientemente he oído a hombres y mujeres afirmar que es tan probable que las madres abusen de los niños como que lo hagan los padres (o aun más). ¿Podrías comentar tu experiencia en el área y cómo ves el contexto de estas afirmaciones?

MICHAEL: Pienso que estas afirmaciones son en buena medida parte de una reacción general. Estas afirmaciones se hacen sobre la base del borramiento de ciertas importantes distinciones en torno a la definición de abuso. Muchos investigadores parecen estar decididos a borrar esta distinción. Hace muchos años que trabajo con hombres y mujeres que han sido abusados en diversas circunstancias. Y casi invariablemente el abuso fue perpetrado por hombres.

Ahora bien, sé que se ha dicho que hombres y mujeres encuentran más difícil revelar el abuso cometido por sus madres que el cometido por sus padres, pero esto no tiene mucho sentido. No he escuchado una razón convincente acerca de por qué hombres y mujeres tendrían más dificultades para revelar el abuso cometido por sus madres que el cometido por sus padres. De hecho, debido a que en nuestra cultura generalmente se espera que sean los padres quienes disciplinan a los hijos y a que se considera legítimo que recurran a castigos corporales, creo que es más probable que los intentos de las mujeres de disciplinar a los hijos sean leídos como abuso que los de los hombres. De hecho, parece que rara vez los abusos que los hombres perpetran en nombre de la disciplina son interpretados como abuso.

Agreguemos a esta consideración el hecho de que la nuestra es una «cultura que culpa a la madre»: creo que este es un hecho irrefutable. En estas circunstancias, no me cabe duda de que es más factible que cualquier abuso perpetrado por una madre sea colocado bajo el microscopio que cualquier abuso perpetrado por un padre. De modo que pienso que esa afirmación a la que te refieres es una afirmación espuria y, como dije, forma parte de una reacción o contragolpe general, en ocasiones bien organizado, contra las voces de las mujeres sobre el tema del abuso.

CHRIS: ¿Qué dirías entonces acerca de las experiencias de los hombres que han sido seriamente abusados por una figura femenina? Porque lo que acabas de decir podría fácilmente interpretarse como una descalificación de su experiencia.

MICHAEL: Realmente espero que nada de lo que he dicho en esta entrevista sea percibido como una descalificación de las experiencias de los hombres que hayan sido abusados por mujeres, ni de las experiencias de las mujeres que hayan sido abusadas por mujeres. He trabajado con hombres y mujeres que han sufrido abusos por parte de sus madres y otras mujeres y, en esta situación, he atendido tan cuidadosamente a la articulación de esta experiencia como lo he hecho a la de cualquier otra experiencia de abuso.

CHRIS: Hay otras preguntas que quisiera hacerte, sobre otros aspectos de tu trabajo con personas que han sobrevivido al abuso. ¿Estás de acuerdo?

MICHAEL: He apreciado tus preguntas y me han brindado la oportunidad de articular muchas de mis ideas acerca de este trabajo. Pero necesitaría un descanso. Quizás podríamos volver sobre esas otras preguntas en alguna otra ocasión. Me gustaría también sugerirte una lectura que te podría interesar: *Discoveries: A Group Resource Guide for Women who have been Sexually Abused during Childhood*, de Sheridan Linnell y Dorothy Cora. Esta guía de recursos es una buena fuente de información sobre aplicaciones prácticas y creativas de este trabajo dentro de la tradición narrativa.

CHRIS: Muy bien, lo buscaré. Y combinemos para encontrarnos de nuevo a hablar de este trabajo. Gracias, Michael.

Bibliografía

Linnell, S. y Cora, D. 1993. *Discoveries: A Group Resource Guide for Women who have been Sexually Abused during Childhood*. Sydney, Dymyna House Publications.

5

Experiencia psicótica y discurso*

ENTREVISTA DE KEN STEWART**

KEN: en la entrevista de 1990 te pedí que me explicaras tu teoría de la patología. Y me respondiste así:

La palabra «patología» me asusta. Cuando la oigo pienso en el espectacular éxito de la medicina clínica en la cosificación de las personas y sus cuerpos, y pienso hasta qué punto la patologización de las personas es la práctica más corriente y aceptada en las disciplinas de la salud / bienestar mental y el más importante logro de las escuelas psicológicas.

¿Hoy tu respuesta sería la misma?

MICHAEL: De ninguna manera me retractaría de lo que sostuve en aquella entrevista de hace algunos años. Actualmente los profesio-

* Esta es, en cierto sentido, una entrevista dentro de otra entrevista. Algunas de las preguntas aquí formuladas se basan en una entrevista anterior, que se realizó en 1990 y nunca fue terminada.

** Ken Stewart pertenece al Programa de Tratamiento de Familia de Human Services Inc., Washington County, Minnesota, y es profesor adjunto de la Facultad de Psicología Profesional de Minnesota.